

DIA SEIS.

San Celso, obispo, y San Celestino, papa.

SAN CELSO, OBISPO.

San Celso, célebre por su firmeza en la reforma y en la corrección de los abusos, y por ello muy digno de la estimación y alabanza de la Iglesia, fué irlandés de nacimiento y de una de las principales familias del país. Su buena índole, la pureza de sus costumbres, la gravedad y formalidad de su trato, lo hicieron desde luego recomendable, y su estimación creció, cuando aplicado á los estudios hizo en ellos progresos muy considerables. Incorporado en el clero, y conocidas aun mas por el ejercicio de su ministerio, la piedad de que estaba dotado, y la prudencia y sabiduría que lo adornaban, fué tanto el crédito que adquirió, que vacando la silla episcopal de Armach, ciudad de Irlanda, fué provisto en ella.

La nueva dignidad en nada alteró su humildad, ni la austeridad de su vida; pero sí sirvió para que desde un puesto tan alto resplandeciesen mas sus virtudes, especialmente el celo de la casa de Dios, que se esplicó en él de un modo muy particular, pues sobre haber restaurado muchos templos y provisto á su servicio y al decoro de las funciones eclesiásticas, tuvo la gloria de corregir con firmeza episcopal, un antiguo abuso que estaba en práctica en una de las iglesias de su diócesis, sumamente pernicioso y contrario á la libertad de la Iglesia. Consistía éste en que cierta familia poderosa (á la cual pertenecía nuestro Santo) ayudada de otras muchas que formaban una facción, se habia apoderado de la eleccion de obispo, en términos de no permitir que fuese elegido para esta dignidad sino un descendiente de aquella familia. Atentado tan abominable no podia ser de la aceptación de Celso, quien luego que pudo tomar bien sus medidas, cortó de raíz el mal, abrogando aquella escandalosa sucesion hereditaria.

A esta disposicion sucedió la convocacion de un gran sínodo metropolitano que reunió nuestro Santo para acordar en él, como en efecto se hizo, varios puntos de reforma en la disciplina, cuya decision y puntual observancia, de que cuidó mucho San Celso, fueron de gran beneficio á aquellas iglesias. Providencias tan acertadas, reanimaron el espíritu y la piedad en el clero, y la reforma

de este obró la del pueblo, á que tambien contribuyó el celo pastoral de nuestro Santo, que visitando personalmente su diócesis, é influyendo cuanto pudo en el buen gobierno y celoso desempeño de sus sufragáneos, logró recoger por todas partes abundantes frutos con que el Señor bendijo sus trabajos. Estos, y el esfuerzo todo de su virtud, así como le atraerón las bendiciones de los pueblos, lo dispusieron á recibir la corona inmortal con que el Señor premia á los buenos pastores de su grey, y que enfió, muriendo santamente el dia 1.º de Abril del año 1128.

San Celestino, papa.

San Celestino, primero de este nombre, vigilantísimo pastor de la Iglesia y defensor acérrimo de la pureza del dogma contra la heregia, fué exaltado al trono pontificio en 3 de Noviembre de 423, sucediendo á Bonifacio I que habia muerto pocos dias ántes. El extraordinario mérito de nuestro Santo, ya en los talentos y sabiduría, ya en la virtud y celo, es bien conocido, no solo por haber sido digno de ocupar la cátedra de San Pedro, sino por lo que manifiestan sus esclarecidos hechos. Pero lo tenemos ademas acreditado por el testimonio del gran Padre San Agustín en las epístolas que le dirigió, en que con la sinceridad de su alma sublima, y jamas avasallada de la adulacion, recomienda su apostólico celo, confiesa la solidez de su virtud, y tributa otros elogios á los talentos y demas prendas estimables de que el Señor lo habia dotado.

Este gran papa que comprendia bien el poderoso y delicado cargo que se habia puesto sobre sus hombros, se aplicó desde luego con el mayor teson y exactitud á su digno y perfecto desempeño. Hallábase la Iglesia combatida del pelagianismo; y Pelagio y Celestino sus autores, hacian extraordinarios esfuerzos en la misma Italia por el triunfo de sus errores y progreso de su secta, condenados y proscriptos ya poco tiempo ántes por el papa Zozimo. San Celestino, que veia en la continuacion de Pelagio y Celestio, frustrarse los esfuerzos y peligrar el triunfo que contra ellos habia logrado aquel celoso pontífice, no dudó un punto entrar en el combate como nuevo gefe, para hacer el último avance y perfeccionar la victoria. Hizolo así en efecto, escribiendo científica y enérgicamente contra aquel error, aprobando y recomendando la doctrina de San Agustín, con que este gran lumínar de la Iglesia habia rebati-

do la misma heregía, y por último, condenando y expeliendo de la Italia á sus obstinados autores. Mas como estos y sus secuaces quisiesen repararse y sostenerse en Bretaña, inficionandola con el veneno y su impia y falsa doctrina, Celestino, que como padre y jefe de toda la Iglesia debía defender el rebaño de Jesucristo donde quiera que se hallase, convierte toda su atención á aquel reino, y trabaja con tal actividad y feliz éxito, que logra librarlo completamente de tan mortífero contagio.

Atento Celestino, no menos á dilatar el reino de Cristo que á sostener sus conquistas, y compadecido de la lastimosa situación de Hibernia, hoy Irlanda, que aún permanecía en las tinieblas del error de la idolatría, trató que rayara y se difundiera en ella la luz del Evangelio; y poniendo los ojos en los Santos Patricio y Paladio, los consagró obispos y les dió su apostólica misión, cuyo éxito venturoso muy en breve cantó la Iglesia santa, bendiciendo el celo y la piedad de su esclarecido pontífice.

Pero aun debía prestar á la Iglesia un servicio de primera importancia en un nuevo y mas peligroso conflicto. El impiísimo Nestorio, criado poco ántes patriarca de Constantinopla, vomitaba en esta capital del Oriente sus pestilenciales errores contra la divinidad de Jesucristo. Es verdad que Nestorio, mientras no caía en el error, ó mientras como astuto lobo se cubría con la piel de oveja, habia obtenido la estimacion de San Celestino; pero tambien es cierto que á poco tiempo comenzó á descubrir que flaqueaba, y ya en una de las epístolas que éste le dirigia lo habia reprendido severamente. Al fin la herética impiedad de Nestorio se descubrió de todo punto, é informado el pontífice, no es esplicable así lo que se conternó su piadosísimo ánimo, como lo mucho que trabajó para combatir el error, reducir al herejarca, y defender á los fieles del contagio. Obsinuado Nestorio, resistió á las moniciones paternales del papa, y éste manda excomulgarlo, si dentro de diez dias no se retracta y pide penitencia. Lejos de hacerlo el herejarca, procuraba mover nuevas máquinas, comprometiendo en su favor al emperador y á otros obispos; pero el invencible pontífice, ayudado de San Leon Magno, que era su secretario, se sostuvo vigorosamente, nombrando su vicario en este asunto á San Cirilo, patriarca de Alejandría, y haciendo celebrar el concilio general de Efeso, en que presidió el papa por sus legados Arcadio y Proyecto, obispos, y Felipe presbítero, que llegaron despues de la primera sesion, habién-

dose abierto ésta bajo la direccion de San Cirilo, que la fungió por el derecho de la silla patriarcal como segunda de la romana, y tambien como legado del pontífice para la ejecución de la sentencia de excomunion que habia pronunciado contra Nestorio, continuando San Cirilo juntamente con los otros legados en la presidencia del concilio. En su primera sesion fué condenado Nestorio, á quien llamaron los padres *nuevo Judas*, y en la tercera suscribieron esta sentencia con la deposicion de los legados del papa. Así peleó y así triunfó San Celestino de esta heregía y su nefando autor, y así hizo ver al mundo entero, cuán portentosas obras puede hacer, asistido del Espíritu Santo, un celoso Pastor.

Su piedad y religion están bien demostradas en el cuidado que siempre tuvo del decoro y esplendor del culto divino. Dedicó la iglesia de San Pedro y la Basílica de San Julio papa, que adornó con piezas muy preciosas que le donó. Dispuso y estableció el introito de la Santa Misa, y consagró dignos ministros de la Iglesia, en tres ordenaciones que hizo.

Mas el término de su preciosa vida se acercaba, y el Señor lo llamaba para premiarle sus apostólicas tareas, y ceñirle la corona de gloria que le habian adquirido sus virtudes. Murió en fin, con la muerte de los Santos, el año de 432, á 7 ó 8 de Abril, habiendo regido la nave de San Pedro ocho años cinco meses y cinco dias. Fué sepultado su santo cuerpo en la iglesia de Santa Praxedis, á la que los mantuanos disputaban este honor, pretendiéndose depositarios de tan precioso tesoro.

La Epistola es del capítulo XIII de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Acordaos de vuestros preladros, los cuales os han predicado la palabra de Dios, cuya fé habeis de imitar; considerando el fin de su vida. Jesucristo el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos. No os dejéis, pues, llevar de doctrinas varias y peregrinas. Lo que importa, sobre todo, es fortalecer el corazón con la gracia, no con aquellas viandas que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar do que no pueden comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre por el pecado ofrece el pontífice en el Sancta-Sanctorum son quemados fuera del poblado. Que aun por

eso Jesús para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á el fuera de la ciudad cargados con su inproperio. Puesto que no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir. Ofrezcamos, pues, á Dios por medio del sin cesar, un sacrificio de alabanza; esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre. Entre, tanto, no, echéis en olvido la beneficiencia y el comunicar con otro vuestros bienes, porque con tales ofrendas se gana la voluntad de Dios. Obedeced á vneitros preladis, y estadéis sumisos, porque ellos velan como que han de dar cuenta de vuestras almas.

El Evangelio es del capítulo XI de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ninguno enciende una cándela para ponerla en un lugar escondido, ni debajo de un celemin; sino sobre un candelero, para que los que entran vean la luz. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo estuviere puro, todo tu cuerpo será alumbrado; mas si estuviere dañado, tambien tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Cuida, pues, de que la luz que hay en tí no sea tinieblas. Porque cuerpo que estuviere todo iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo lo demas será luminoso, y como antorcha luciente alumbrará.

MEDITACION.

Sobre el modo con que debemos habernos respecto de las criaturas.

Considera que del conocimiento del fin para que Dios nos crió, y de aquel con que produjo á las criaturas, que no es otro que el que nos sirvan de medio para ir á Dios, se infiere rectamente que no debemos buscar en ellas mas que la bondad de medio que tienen para conducirnos á nuestro fin. Mas como en la generalidad de las criaturas hallamos unas que son positivamente buenas en sí mismas; otras que son positivamente malas; y otras finalmente, que son de suyo indiferentes para el bien ó para el mal, es necesario que la conducta del hombre gire con variedad hácia unas y otras, segun la diversidad de los objetos. En lo general hablando, debemos abrazarnos con las criaturas buenas, huir de las malas, y estar con indiferencia respecto de las indiferentes; para tomarlas ó dejarlas, segun que conozcamos que nos llevan á nuestro fin, ó nos apartan de él. Decimos

en lo general hablando, porque como el fin con que se obra es el que determina la bondad de la acción, habrá ocasiones en que sin embargo de ser el objeto bueno, el fin sea malo, como el que oye misa por ostentacion ó hipocresía. Así es que no basta que el objeto sea bueno, sino que es necesario tambien que el fin sea recto, mucho mas quando en el fin no puede darse la indiferencia que puede haber en el objeto de suyo; pues el fin, ó se dirige á Dios, y entonces es recto y bueno, ó se dirige á la criatura, y entonces es desordenado y malo; No siempre lo será en tanto grado que constituya culpa; pero si comenzará á desordenarse desde que no dirigiéndose á Dios, comience á dirigirse á la criatura. ¡Oh y quanto importa rectificar nuestro fin en las obras!

Considera que sobre el supuesto de que huimos de toda criatura mala, y de que nos abrazamos con aquellas que siendo buenas están en el orden de lo que conviene al negocio de nuestra salvacion, segun nuestro estado, oficio, método de vida y demas de nuestro cargo, debemos, como se ha dicho, hacernos indiferentes respecto de aquellas que de suyo son indiferentes para bien ó para mal. Esta indiferencia práctica es absolutamente necesaria; porque si apegamos nuestro corazon á aquellas criaturas en cuyo uso ó comunicacion podemos corrompernos, cierto es que nos apartarán de nuestro fin y perderemos á Dios; mas si nos conservamos con total indiferencia para tomarlas ó dejarlas, segun que conozcamos sernos ó no conveniente, cierto es que solo nos regiremos por la razon; y estando ésta subordinada á Dios, evitaremos la corrupcion del pecado en el uso de las criaturas, y alcanzaremos nuestro fin. Por eso dice el Padre San Ignacio, que el que consigue tener en la práctica esta indiferencia absoluta, asegura su salvacion. Ni debe hacerse de otro modo; porque el que obra racionalmente, debe buscar los medios que lo conduzcan á su fin, y no otros, aunque aquellos sean ásperos é ingratos, y estos gustosos y agradables. ¡Habrá quien tome un camino hácia el Norte, si el punto á que quiere dirigirse está al Oriente! ¡Habrá enfermo que tome un rico potage en lugar del purgante que le convenga! ¡Habrá quien tome una pluma, quando necesita una espada! Ciertamente que no. Pues de la misma manera debemos tomar las criaturas que nos conduzcan á nuestra salvacion, y dejar aquellas que nos aparten de esta fin; y para conseguir el acierto, estar

siempre con el corazón desprendido, mediante una total indiferencia.

PETICION Y PROPOSITOS.

Así lo conozco, Señor, y así lo quiero también. Pero quién soy yo, ó cuál es mi virtud para alcanzar esta importante indiferencia? Yo sin embargo voy á procurarlos; porque trabajando en ello será cómo lo consiga, y adquierta la virtud necesaria. Pero cuento para ello con los auxilios de vuestra divina gracia, que humildemente imploro.

Aparta, Señor, mis ojos para que no se dejen prender de la criatura, y vivificame en tu camino.

LECCION.

La Iglesia verdadera de Cristo es Santa.

La segunda nota ó caracter distintivo de la Iglesia verdadera, es la santidad; por eso San Pablo escribía á los de Efeso: *Maridos, amad á vuestras mugeres como Cristo amó á la Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella para santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentarla á sí mismo Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancha.* Vosotros sois, decía San Pedro, *el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición, para que publiqueis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á la luz.* La santidad no solo comprende á la Iglesia del cielo ó triunfante, sino que en las anteriores expresiones se aplica también á la terrestre ó militante, puesto que la santidad principia en la tierra, y se perfecciona en el cielo, y la Iglesia no es santa en la gloria, sino porque lo fué en el mundo, en donde la purificó y santificó Jesucristo.—La santidad de la Iglesia consiste en que Jesucristo su cabeza es santo y el origen de la santidad, en que su doctrina es santa, y lo será siempre; en la pureza por último de costumbres de un crecido número de miembros, porque no hay santos sino en su gremio. Es santa la doctrina de la Iglesia, porque ella no enseña como artículos de fé, sino la pura doctrina, que ha aprendido de Jesucristo por los Apóstoles, y porque esta doctrina es la palabra de Jesucristo, que santifica á los que lo siguen.

Sabemos que la Iglesia no enseña como artículos de fé, sino lo que ha aprendido de Jesucristo de dos maneras: primera, exami-

mando cada dogma de la Iglesia por la sagrada Escritura y la tradición, únicos conductos por los que ha llegado á nosotros la doctrina apostólica; pero este medio solo será conveniente á los que tengan alguna mayor instruccion, pues que los simples ó ignorantes no pueden entrar en averiguaciones tan largas y dificultosas, y cuyo exámen por lo mismo no están obligados á hacer generalmente los fieles, y el segundo modo general y adoptable para todos estos es recordar las promesas que hizo Jesucristo á su Iglesia, relativas á la infalibilidad que disfrutaria en todos tiempos en materias de fé, y de la perseverancia con que debe enseñar hasta el fin de los siglos las verdades que Jesucristo confió en depósito á los Apóstoles para comunicarlás á todos los pueblos de la tierra. *Yo pediré á mi Padre,* dice Jesucristo por San Juan, *y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros. El espíritu de la verdad á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.... Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad.* Se ve aquí que Jesucristo promete á su Iglesia el Espíritu de verdad para permanecer con ella eternamente. Luego el error será desterrado siempre de su doctrina que será pura y santa eternamente.

El mismo Salvador dijo á San Pedro, segun nos refiere San Mateo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Todo poder, dice en otro lugar, se me ha dado en el cielo y en la tierra. Id, enseñad á todas las naciones.... y ved que yo estoy todos los dias con vosotros hasta el fin de los siglos.* La Iglesia, conforme á estas promesas, debe siempre subsistir, y no podrán trastornarla, ni inclinarla al error los esfuerzos todos del demonio. Jesucristo hace que adviertan sus Apóstoles como un efecto de su omnipotencia, la proteccion que ofrece á su Iglesia hasta el fin de los siglos, que estará siempre con ella, que nunca la abandonará. *Yo soy,* dice, *yo á quien ha sido dado todo poder en la tierra y en el cielo, con vosotros, á quienes envío para instruir á todas las naciones, yo estoy con vosotros bautizando: con vosotros instruyendo todos los dias.* No hay que temer interrupcion alguna: no habrá día ni momento en que no sea verdad, decir: *Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.* Así, pues, esta promesa

no mira solo á los Apóstoles, sino tambien á sus sucesores en el ministerio. Luego habrá una Iglesia hasta el fin de los siglos que instruirá, bautizará, subsistirá contra los esfuerzos del demonio, y será asistida por Jesucristo sin que la abandone un solo instante; porque lo ha prometido, y es Todopoderoso para cumplir su promesa. De la predicacion de la verdad es una consecuencia necesaria que los sacramentos sean siempre administrados santamente en la Iglesia, que todas las verdades sean siempre predicadas en ella puramente, y que nunca pueda enseñar algun error.

Es preciso advertir que de lo dicho no puede inferirse que estas y semejantes promesas hechas á la Iglesia en comun ó en cuerpo, hayan de comprender tambien á cada uno de sus miembros en particular. Desgraciadamente han existido y existirán en su seno personas que procurarán con esfuerzo introducir en ella el desorden y el error; pero siempre se han visto y se verán confundidas. Algunos fieles en lo particular podrán engañarse acaso en la administracion de los sacramentos, y en sus instrucciones; pero el cuerpo de la Iglesia, ni se ha equivocado hasta aquí, ni se engañará en lo de adelante en sus decisiones, ni en las reglas que ha sancionado para la recta administracion de los santos sacramentos, porque el mismo espíritu de Jesucristo, el mismo espíritu de verdad, forma estas decisiones y da estas reglas. Hemos visto que sus promesas son expresas y terminantes, por lo que dice San Pablo que *la Iglesia es la base y la columna inmóvil de la verdad*. Luego es una verdad decir que los sacramentos siempre serán santamente administrados en la Iglesia, y que en ella se enseñará pura la verdad hasta la consumacion de los siglos.

La santidad de la Iglesia y su doctrina hace santos á los fieles que la observan; porque como hemos dicho, la Iglesia no enseña sino la doctrina de Jesucristo; pero nadie puede santificarse, sino creyendo y practicando las verdades del cristianismo. *Santificanos, dice Jesucristo á su Padre, segun San Juan, con tu verdad. Tu palabra es la verdad. La palabra del Señor, dice David, que ilumina y convierte á las almas.*

Todos los fieles son llamados á la santidad, pero no todos son santos. *Muchos son los llamados, dice Jesucristo, pero pocos los escogidos*: muchos deshonran la santidad de su vocacion por la corrupcion de su vida. La Iglesia de la tierra se compone de paja y de buen grano, de buenos y de malos, de miembros vivos y

de mayor número de miembros muertos. San Mateo nos refiere, que hablando el Bautista de Jesucristo, dijo: *Su bielo en su mano está y limpiará bien su era, y recogerá su trigo en el granero; mas quemará las pajas en fuego que no podrá apagarse jamas*. El mismo Salvador propuso á los judíos esta parábola: *Semejante es el reino de los cielos á un hombre que sembró cizaña, en medio del trigo y se fué, y despues que creció, la yerba é hizo fruto, apareció tambien la cizaña, y llegando los siervos del padre de familias le dijeron: Señor; ipor ventura no sembraste buena cimiento en tu campo? ¿Pues de donde tiene cizaña? Y les dijo: Hombre enemigo ha hecho esto; y le dijeron los siervos: ¿Quieres que váyamos y la cojamos? No, les respondió, no sea que cogiendo la cizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogello en mi granero*. En la parábola de las bodas, por último, habiendo salido, dice el mismo Evangelista, *sus siervos á los caminos, congregaron cuantos hallaron, malos y buenos*.

Sin embargo de lo dicho, es muy distinto que se hallen los malos en la Iglesia santa, á que pueda atribuírsele la corrupcion de algunos de sus hijos ó de sus pastores; y no puede decirse que esté la Iglesia corrompida, cuando lo estuviesen algunos de los Pastores que la gobiernan, porque no se debe juzgar del cuerpo de la Iglesia por el vicio de los particulares. Escribiendo el Apóstol de los pastores de su tiempo á los filipenses, se queja de que *todos buscan sus propias cosas, y no las que son de Jesucristo*. La Iglesia siempre que ha lamentado esta corrupcion de sus hijos, y siempre la ha reprobado, nunca ha autorizado, ni autorizará el mal en sus decisiones, siempre ha aprobado y manifestado el bien. Ella, dice San Agustin, ni hace, ni aprueba, ni permite alguna cosa contraria á la fé ni á las buenas costumbres, aunque por su caridad y prudencia se vea obligada á tolerar en algunos particulares el mal que llora, y que no puede siempre corregir. Léanse los cánones de los concilios y las instrucciones de los pastores ilustrados y piadosos que han existido en todos tiempos, y se convencerá cualquiera de esta verdad. Aunque en algun tribunal se hallase algun juez de malas costumbres, si los decretos y sentencias del tribunal son justas, la mala vida de aquel no impedirá que se estime y reverencie á aquella corporacion como el santuario de la justicia.

De lo dicho hasta aquí se infiere bastante claramente que la Iglesia de Cristo es santa en su doctrina y en muchos de sus miembros; al mismo tiempo que se deduce que esta doble santidad es esencial á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Lo primero, porque la verdadera Iglesia es la sociedad de los hombres que profesan la Religión del Crucificado, cuya santidad y pureza es indudable como lo hemos manifestado en otra vez.

Lo segundo, porque como vimos al principio de esta lección, *Jesucristo se entregó por la Iglesia para santificarla*; y el Apóstol exhorta á los maridos que amen á sus mugeres como Cristo ama á la Iglesia; y Jesucristo no podía amar una sociedad que se compusiese toda de hipócritas, y en la que no hubiese ningunos hombres santos; por eso la llama San Pablo, *generación elegida, gente santa*. Por consiguiente la Iglesia verdadera de Cristo es santa, tanto por su autor Jesucristo nuestro Salvador, fuente y origen de toda santidad, como por sus fundadores los Apóstoles de Jesús, y finalmente por razón de su doctrina inmaculada y de sus preceptos admirables.

Finalmente debemos comprender que la Iglesia de Jesucristo es santa, porque posee medios seguros é infalibles para conducir á los hombres á la verdadera santidad; porque estos medios han estado y estarán siempre en práctica en la Iglesia, como lo acreditan multitud de personas de todo sexo, condicion y edad, que se han elevado por ellos á la santidad mas eminente, como podemos verlo en el catálogo de las vidas de los santos, y como observamos aun en nuestros días, y porque en todos tiempos ha manifestado Dios con milagros bien comprobados, la aceptación que da á las virtudes que se practican en ella. Procuremos, pues, ya que disfrutamos de la increíble dicha de pertenecer á la Iglesia, que nuestras obras nos coloquen en el gremio de los santos, y que *el que es justo, como dice el Apocalipsis, sea aun justificado, y el que es santo, sea aun santificado*.

DIA SIETE.

San Epifanio, obispo.

San Epifanio nació en Besandue, en la Palestina, antes del concilio de Nicea. Habiendo recibido de sus padres una educación cristiana, abrazó desde muy jóven el estado religioso, y después



S. Celestino Papa.



S. Epifanio Obispo.



S. Dionisio Obispo.



S. Maria Cleofia.

pasó á los desiertos de Egipto con el fin de seguir con mas perfeccion la vida monástica. En aquellos lugares no solo hizo los mayores progresos en la virtud, sino que triunfó de la seduccion de los gnósticos que pretendieron atraerlo á su partido. Vuelto á su pais, fundó en él un monasterio, y formó bajo su direccion excelentes discípulos. La alta reputacion de su saber y virtudes lo elevaron á ser electo obispo de Salamina, metrópoli de la isla de Chipre. Colocado en esta dignidad, y puesto al frente de quince obispos sufraganeos suyos, se dedicó no solamente á velar sobre su Iglesia, sino tambien á preservar á toda la isla de la heregia de Arrio, que protegía con el mayor ardor el emperador Valente. Manejose en el ministerio pastoral con tanta caridad y prudencia, que se concilió el amor y respeto no solo de los católicos, sino aun de los mismos hereges, los cuales aunque lo reconocian por adversario de sus errores, jamas se atrevieron á perseguirlo y deponerlo de su silla, como lo habian hecho con otros obispos ortodoxos; su pueblo veía en él un padre tierno y cuidadoso; los bienes de su Iglesia, que era bastante rica, los repartía con profusion entre los pobres y necesitados, liberalidad, que lo reducía algunas veces á una grande escasez, que Dios le socorria aun con milagros; y esta caridad tan heroica estendió tanto su reputacion, que de las provincias mas remotas del imperio le remitían considerables sumas para que las invirtiese en limosnas.

No fué el arrianismo la única heregia que tuvo que combatir Epifanio en los primeros años de su obispado. La Providencia lo puso en esa época como un firme baluarte para la defensa de su Iglesia. Nuestro Santo se opuso esforzadamente á los errores del hipócrita Apolinario, á los impíos enemigos de María Santísima, que tomaron el nombre de Antídico, Marianitas, y á los supersticiosos Coliridianos. Disputó largo tiempo de palabra con todos estos hereges, y para instruir y afirmar á los fieles en la fé ortodoxa, escribió varias obrillas, y ademas la grande obra que le adquirió el nombre de doctor de la Iglesia, en que con el título de *Panarion*, ó segun él mismo explica, *Almacén de contravenenos*, donde hace memoria de ochenta heregias, refiere su historia, las impugna en particular, y concluye con una esplicacion de los dogmas de la Iglesia, y de los principales puntos de disciplina.

Es tambien glorioso nuestro Santo por las relaciones particulares que llevó con algunos sujetos célebres de su tiempo. Tuvo una

íntima amistad con S. Melecio, obispo de Antioquía. Habiendo pasado á Roma al concilio convocado por el papa. Dámaso, en compañía de Paulino, llevaron consigo á San Gerónimo, á quien este último había ordenado. En aquella ciudad se hospedó Epifanio en casa de Santa Paula, á quien animó para que se acabase de resolver á retirarse á un monasterio, como lo ejecutó, trasladándose á la Palestina en Belén; y cuando pasó de Roma á la tierra Santa visitó á nuestro Santo, arribando expresamente al puerto de Salamina.

San Epifanio había construido un monasterio en la diócesis de Eleuteropolis, donde se retiraba en algunas temporadas, aprovechándose entonces de la vecindad á Belén para visitar á San Gerónimo, que en compañía de otros monges habitaba en el monasterio que les había fabricado Santa Paula, siendo tambien visitado de estos monges nuestro Santo prelado; y en una de estas visitas fué cuando ordenó á ruegos de los religiosos de Belén, al célebre Pauliniano, á pesar de su resistencia. Este hecho suscitó algunas contestaciones entre el Santo y el obispo de Jerusalem, á las que satisfizo el Santo obispo con una famosa carta, cuya traduccion latina nos ha conservado San Gerónimo: el prelado de Jerusalem y sus aliados persiguieron á Epifanio; pero como era conocida la malignidad de aquellos, los pueblos veneraban sumamente á nuestro Santo; por todas partes lo seguian para oirlo y recibir su bendicion, y aun le arrancaban pedazos de su ropa como reliquias.

Con motivo de las disputas sobre las heregias de Orígenes, pasó nuestro Santo á Constantinopla, donde residia San Juan Crisóstomo; y aunque este padre salió á recibirlo con todo su clero, le ofreció su casa y una de las iglesias para que celebrase; Epifanio que se hallaba prevenido en su contra, no quiso admitir sus ofertas hasta que condenase públicamente los libros de Orígenes y á tres presbíteros acusados de defender sus errores, á quienes el Crisóstomo había protegido. Preparábase nuestro obispo á condenar delante del pueblo las heregias de que hablamos, y á los tres sacerdotes protegidos por el prelado de Constantinopla, cuando recibió un diácono de parte de este último, el que lo desengañó de la equivocacion con que juzgaba de su conducta y le manifestó lo arriesgado del paso que iba á dar. Convencido Epifanio de su equivocacion, respecto de la conducta del Crisóstomo, se reconcilió con él, y conociendo que su fin se aproximaba, se despidió de este Santo,

anunciándole al partir las grandes tribulaciones que despues le sobrevinieron.

Cumplióronse estos vaticinios, no menos que los que San Juan Crisóstomo hizo á nuestro Santo, anunciándole no volveria á ver su Iglesia ni su pais; pues aunque Epifanio se dió prisa á llegar á la isla de Chipre, murió en el camino siendo de mas de ochenta años de edad, y á los treinta y seis de su obispado, empleada tan larga vida en edificar á su Iglesia con su ejemplarísima conducta, y en defender á la universal con sus sapientísimos escritos. Manifestó Dios á los hombres su bienaventuranza por varios prodigios, así como por otros había mostrado su santidad durante su vida.

La Epístola es la primera del Apóstol San Pedro, capítulo I.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una esperanza de vida, mediante la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros; á quienes la virtud de Dios conserva por medio de la fé, para hacernos gozar de la salud que ha de manifestarse en los últimos tiempos. Esto es lo que debe trasportaros de gozo; si bien ahora por un poco de tiempo conviene que seais afligidos con varias tentaciones, para que probada de esta manera nuestra fé, y mucho mas acendrada que el oro que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de honor y de gloria en la venida manifiesta de Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XV de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy la vida, vosotros los sarmientos. Quien está unido conmigo y yo con él, esa da mucho fruto; porque sin mí nada podeis hacer.

El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará y le cogerán, y arroján al fuego y arderá. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedireis lo que quisiereis, y se os otorgará. Mi Padre queda glorificado que en vosotros lleveis mucho fruto y seais discípulos míos. Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo.

Perseverad en mi amor. Si observareis mis preceptos, perseverad

rareis en mi amor; así como yo tambien he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho á fin de que os goceis con el gozo mio, y vuestro gozo sea completo.

MEDITACION.

Acerca del pecado mortal.

Considera que siendo de tanta importancia la consecucion de nuestro último fin, como que de ella depende nuestra salvacion eterna, y de su falta nuestra eterna condenacion, tenemos un enemigo único, pero poderoso, y tanto que nos puede hacer perder aquella é incurrir en ésta, y este es el pecado mortal. Tenga el hombre los defectos que tuviere, sea el mas pobre, el de mas baja condicion, el mas envilecido y confundido por el mundo, esté cubierto de lepra ó mane en gusanos, sea deforme, ó en fin, tenga cuantas miserias y defectos pueden caber en el hombre, si está en la gracia de Dios es el objeto de sus complacencias, es feliz, es digno, es honrado por Dios y la virtud, está apto para el reino de los cielos; pero si está en pecado, aunque sea el monarca mas poderoso de la tierra, el mas sábio, el mas rico, el mas dotado de prendas naturales, aunque sea estimado del mundo entero y le adoren los pueblos, es para Dios un objeto de horror y de abominacion; su nombre está borrado del libro de la vida, los ángeles le miran y se estremecen, la Iglesia lo llora como un difunto podrido en el sepulcro, las criaturas todas pugnan contra él en expresion de la Escritura, en fin, es un pobre reo condenado á las llamas del infierno. ¡Oh pecado, pecado, único mal verdadero, y causa única de la eterna desdicha!

Considera que no es de extrañar que el pecado haga al hombre un objeto de horror é indignacion para Dios, cuando podemos decir que es el verdadero y único enemigo de Dios, quiere decir, que siendo el sumo é infinito mal, es el que diametralmente se opone al sumo é infinito bien que es Dios, y tanto que lo odia infinitamente, y lo odia con un odio tan necesario, que si no lo odiara no fuera Dios. Por odio en Dios debemos entender, no una pasion que lo afecte como la que nosotros padecemos, sino una repugnancia infinita que dice la suma bondad á la suma maldad y á cualquiera grado de ella. Y aun por lo que respeta al hombre mismo, no es de extrañar que

el pecado lo haga un objeto de ira para Dios, porque es el que lo estravia de su fin y desconcierta todo lo que Dios ha ordenado para llevar al hombre para sí. Si este pudiera ser un mal involuntario en el hombre, Dios distinguiría entre él y su pecado, y aborrecería el pecado sin aborrecer á su criatura; pero no siendo así, sino que el pecado para serlo ha de ser voluntario y obra libre del hombre, Dios no puede dejar de verlo como objeto de indignacion y de ira; y si no lo aborrece en cuanto á ser su criatura y obra de sus manos, sí lo aborrece en cuanto á estar conjunto con la culpa y hecho una misma cosa con ella.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y qué, Dios mio, seré yo tan infeliz que esté en vuestra desgracia? ¿Me habreis borrado del libro de la vida? ¿Estaré bajo la vara de hierro de vuestra eterna justicia, y no bajo el cetro de oro de vuestra misericordia y vuestro amor? ¡Ah! yo no puedo saberlo: es un arcano oculto á toda la penetracion de mi alma; pues aunque haya procurado mi justificacion, no puedo saber si lo he hecho debida y fructuosamente. Pero vos; que lo sabeis, haced por vuestra bondad, que si estoy en pecado salga de él, moviéndome con vuestros eficaces auxilios á una perfecta contricion de mis culpas.

JACULATORIA.

Purificame, Señor, de mis pecados ocultos, y líbrame de los reos que tenga yo en los pecados de otros.

LECCION.

Solo la Iglesia romana es santa.

Hemos manifestado ya en otra leccion que la verdadera Iglesia de Cristo no puede perecer: es indispensable por lo mismo que alguna de las sociedades actuales de cristianos sea la verdadera y santa; mas ni la de los orientales, ni la de los protestantes, ni ninguna otra separada de la romana, tiene la santidad que es esencial á la Iglesia de Cristo. Luego solo á la romana conviene esta nota ó caracter de la verdadera Iglesia. Porque en efecto, ¿cómo podría suceder que por el espacio de diez y ocho siglos hubiese

Dios concedido á la Iglesia de Roma, á sus predicadores y defensores la facultad de hacer grandes milagros, si no fuese divina la fé que enseña y sin que fuesen santos los defensores de ella? Dios nos induciria en ese caso á un error, aprobando el de los defensores de una falsa doctrina. Recorramos pues la historia de la Iglesia, y veremos en los tres primeros siglos tan grandes testimonios, que ni los orientales, ni los protestantes se atreven á negar que en dicho tiempo haya sido la verdadera Iglesia. En el siglo cuarto resplandecieron en milagros en la Iglesia romana, un San Antonio, un San Hilario y un San Martín, como nos lo refieren San Atanasio y San Gerónimo. En el quinto siglo nos describe San Agustín los prodigios verificados en Cartago y en Milan, y los anales eclesiásticos están llenos de maravillas en los siguientes. Nunca ha dejado de haber milagros en la Iglesia romana: nosotros los hemos visto en nuestra América; y si no vemos mayor número de ellos que nuestros padres, es porque los que vieron ellos fueron hechos tambien para nosotros, y todavia dan hoy en la historia un testimonio auténtico de la santidad de la Iglesia romana, en cuyo seno se obraron.

Por otra parte, la Iglesia romana posee medios seguros é infalibles para conducir á los hombres á la verdadera santidad. Tiene los siete sacramentos, cada uno de los cuales confiere una gracia que le es propia, y todos reunidos las que hacen al hombre santo, y lo elevan por todos los grados de la perfeccion, comunicando á cada uno la especie de santidad que le es necesaria, segun los diferentes estados de la vida, ó circunstancias en que se halla. El primero de estos auxilios espirituales, que se llaman sacramentos, borra en nosotros la mancha del pecado, haciéndonos miembros de Jesucristo é hijos de su Iglesia. El segundo fortifica en nosotros la fé, haciéndonos capaces de sostener las mas violentas persecuciones por el nombre de Jesucristo. El de la penitencia nos hace entrar en la amistad de Dios, cuando hemos tenido la desgracia de perderla por el pecado. El cuarto sacramento hace del cuerpo de nuestro Salvador el alimento de nuestras almas, para hacerlas crecer en la gracia y en todas las virtudes. La extrema-union suaviza las penalidades y los males de la enfermedad, fortificándonos contra los temores de la muerte, llenándonos de paciencia y de sumision á la voluntad divina, y proporcionándonos aquel último grado de pureza tan necesario para podernos presen-

tar sin confusion ante el augusto tribunal del Eterno. El sexto sacramento comunica á los ministros del altar, la santidad que deben tener para el exacto desempeño de las augustas funciones de su elevado ministerio; por último, el matrimonio santifica la sociedad del hombre y la muger, y atrae sobre ellos y sobre su prole todas las bendiciones del cielo.

Otro de los auxilios y medios mas seguros para conducir á los hombres á la santidad, y sin duda el de mas gerarquía que posee la Iglesia romana, es el santo y tremendo sacrificio de la misa, en el que se inmola el Cordero de Dios todos los dias, de un modo no sangriento por el ministerio sacerdotal, reiterando así nuestro Salvador el sacrificio que ofreció en el Calvario, para aplicarnos todo su inapreciable mérito. El aparato augusto de las ceremonias de la Iglesia, es el mas propio para darnos una alta idea de la Magestad divina, haciéndonos elevar al Señor nuestro espíritu, inspirándonos un profundo respeto en su presencia, y reuniéndonos á todos los fieles en los sentimientos de una misma fé y una misma doctrina, y en los expresivos afectos de una misma caridad y de un propio amor.

Si damos una ojeada á la moral de la Iglesia romana, veremos que todas sus máximas están sacadas del Evangelio, interpretado por los Apóstoles y por los primeros padres de la Iglesia. Jamas ha caído en relajacion de ninguna especie: jamas se le ha podido echar en cara un rigor excesivo. Ella ha adoptado con veneracion, no solo todos los preceptos del divino Maestro, sino tambien sus admirables consejos. La virginidad y el desprendimiento evangélico, la obediencia perfecta, la abnegacion de la voluntad propia, la penitencia, el amor á la cruz y á los desprecios, han sido en ella honrados en todos tiempos, y presentados como el modelo mas sublime para la imitacion de los fieles: no cesó de exhortar á sus hijos del modo mas urgente y eficaz á la práctica de toda especie de buenas obras, y por poco que quiera considerarse la policía que ha establecido para el gobierno espiritual de sus hijos, se observa que nada hay mas á propósito para conducirlos á la verdadera santidad.

Estos medios de santificacion siempre se han puesto en práctica en la Iglesia romana, por multitud de personas de toda condicion, edad y sexo; y á pesar de la corrupcion que reina en nuestro siglo, hay todavia en todas las clases de ciudadanos, cristianos digi-

nos de los primeros siglos de la Iglesia: aun se ven en los monasterios vírgenes consagradas á Dios y personas que en medio de las cortes podrian entrar en paralelo con lo que hubo en otro tiempo de mas venerable en el Egipto y la Tebaida. De manera que la Iglesia romana ha sido siempre un jardin ameno de encantadoras flores, dignas de adornar el paraíso celeste. Tantos santos doctores, mártires, obispos, monges, vírgenes y viudas, cuya memoria nos recuerda diariamente la Iglesia, y cuyos nombres vemos citados con veneracion en sus anales, eran católicos: todos ellos profesaron la fé de la Iglesia romana: en esta fé vivieron y murieron; y por ella vertieron generosamente su sangre: de sus escritos sacamos hoy todavía las pruebas mas auténticas de esta misma fé immaculada y de esta misma santidad de la Iglesia romana. Y podrán alegar semejantes testimonios los protestantes y los orientales? De ninguna manera. Las sociedades separadas de la Iglesia de Roma no tienen la santidad esencial que es propia y distintiva nota de la verdadera Iglesia de Cristo, como vamos á probar brevemente.

Las sociedades separadas de la Iglesia romana chocan con ella, ya respecto á los artículos de la fé, ya en las reglas de las costumbres, y ya en el régimen de sus pastores; es así que hemos probado que la Iglesia romana es santa bajo todas estas consideraciones, luego no se puede atribuir esta misma santidad á dichas sociedades contrarias de la Iglesia; pues es imposible que la fé, y los principios de la moralidad sean, y no sean santos, revelados y divinos. Luego si la Iglesia romana los posee tales, no los poseen las sociedades dichas.

La de los protestantes en particular no tiene signo alguno de santidad, pues su moral es perversa y abre la puerta á todos los vicios; en su concilio Dorderaceno enseñan, que la justicia puede estar con los crímenes mas horrorendos: que los escogidos no pierden la justificacion aunque sean reos de adulterio y homicidio, y que solo por la incredulidad pueden condenarse los hombres. En su concilio Wormasiense, celebrado el año de 1577, asentaron que las buenas obras son inútiles para la salvacion; y últimamente Calvino enseñó que el hombre se ve obligado al pecado, y que todo sucede por necesidad. Tales errores, tan absurdos y tan contrarios á las buenas costumbres, no pueden conciliarse con la santidad esencial á la verdadera Iglesia. Si atendemos á la perfec-

cion evangélica, hallaremos que entre los protestantes se ven con desprecio y vituperio los rigores santos de la penitencia, los ayunos, los votos monásticos, la continencia y la virginidad. Para qué es cansarnos. Es indudable que el dogma, la moral y la perfeccion del Evangelio solo se encuentran en la Iglesia romana, y que si entre sus hijos se han visto desórdenes y escándalos; la Iglesia los condena y reprueba; y que si los admite á su reconciliacion estando arrepentidos, ó los tolera mientras que se convierten, solo es para abrirles la puerta á su justificacion, y no porque transija, como jamas transije, con el desórden y el pecado.

DIA OCHO.

San Dionisio Obispo y Confesor.

San Dionisio floreció en el segundo siglo de la Iglesia; y aunque se ignora el lugar de su nacimiento y tambien su origen; pero se sabe que por sus heroicis virtudes subió al episcopado de Corinto en tiempo del emperador Marco Aurelio. Allí se distinguió por su elocuencia, no menos que por el grande celo que manifestaba en la conversion de los hereges y gentiles de que estaba plagada su diócesis, y casi todas las ciudades del Oriente y Occidente. A los lugares donde podia llegar á predicar el Evangelio, ó por la grande distancia, ó porque se lo impedian sus enemigos, escribía cartas llenas de uncion y caridad, para convertir á la religion cristiana los infieles que estuvieran todavía sumergidos en las densas tinieblas del paganismo. A la misma Roma escribió varias cartas, dando gracias al pontífice San Sotero, que entonces ocupaba la primera silla de la Iglesia, por las limosnas que se socorria á los infelices que estaban condenados á las minas por conservar su creencia y no ser perjuros á su religion.

En aquella época se descubrieron en Corinto y en otros lugares algunas heregias, no por la mala interpretacion de las Sagradas Escrituras, sino por las falsas doctrinas que se enseñaban en las escuelas de la filosofia gentílica, que para oponerse á la nueva creencia no tenían embarazo en propagar los mas crasos errores y las ideas mas perniciosas, con las cuales tenían desordenadas á todas

las gentes y á las ciudades en continuas conmociones. San Dionisio con su virtud y sabiduría descubrió el origen de estos errores, manifestó de qué provenían todas las nuevas sectas, cuál era su principal objeto, y procuró combatirlas con sus discursos en el púlpito y con sus escritos que mandaba á las ciudades por donde se habia propagado el veneno de aquellas falsas religiones.

Era preciso que este santo tuviera tantos enemigos, cuantos eran los incrédulos y hereges á quienes combatía, y que estos lo persiguieran como que era el que mas fuertemente se oponia á sus novedades. Mucho tuvo que sufrir Dionisio por conservar pura é intacta la religion de Jesucristo. Por esto algunos lo creen mártir, y como tal lo venera la Iglesia griega, aunque otros creen que no llegó á sufrir el martirio. El Martirologio romano lo tituló confesor, y la iglesia latina lo numeró en el catálogo de santos confesores.

El papa Inocencio III hizo traer de la Grecia el cuerpo de San Dionisio, y lo mandó á la abadía de este nombre que está cerca de Paris; pero como este monasterio ya poseia de antemano las reliquias de San Dionisio Areopagita, se ha creído que este segundo cuerpo es el de San Dionisio de Corinto, y así se venera en aquel lugar.

La Epistola es de los capítulos XLIV y XLV de la Sabiduría.
(Eclesiástico.)

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la ira vino á ser instrumento de reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso juró el Señor darle gloria en su descendencia. Dióle la bendicion de todas las naciones, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia; y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

El Evangelio es del capítulo XIX de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre noble fué á un pais lejano á tomar posesion de un reino, y

volverse. Con cuyo motivo, llamó á diez de sus criados, les dió diez minas de plata, y les dijo: Negociad con ellas hasta mi vuelta. Es de saber que sus naturales le aborrecian; y así despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos á ese por nuestro rey. Pero habiendo vuelto despues de tomar posesion del reino, mandó luego llamar á los criados á quienes habia dado su dinero para informarse de lo que habian negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Respondióle él: Bien está, buen criado: ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha dado de ganancia cinco minas. A este dijo: Tu tendrás tambien el gobierno de cinco ciudades. Vino otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he guardado envuelta en un pañuelo, porque te he tenido miedo, pues eres hombre de un natural austero: tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado. Dícele el amo: ¿ó mal siervo! por tu propia boca te condeno. Sabias que yo soy un hombre austero que me llevo lo que no he depositado, y siego lo que no he sembrado, ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que á mi vuelta lo sacase de allí con ganancia? Entonces dijo á los que allí estaban: Quitadle la mina, y dadla al que tiene diez minas. Señor, replicaron ellos, tiene ya diez minas. Pues yo os digo, respondió el señor, que al que ya tiene se le dará, y será colmado de bienes; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

MEDITACION.

Sobre la gravedad del pecado, conocida por sus castigos.

Considera que es una prueba evidente y asombrosa de lo que Dios odia al pecado el castigo que dió á los ángeles rebeldes. Eran éstos unos espíritus sublimes, llenos de perfecciones, que en nada cedían á los ángeles buenos que por premio de su constancia recibieron la glorificacion; mas un pecado de soberbia hizo perder á aquellos la eterna bienaventuranza y las prendas todas y excellencias de que aquel Señor los habia dotado; su sabiduria se convirtió en tinieblas y en una astucia maligna que solo se emplea en procurar que se pierda la luz del conocimiento de Dios, y se borre en las almas la imágen de su bondad: la que aquellos desventurados tenían en su voluntad, convirtióse en malicia y en pecado: su prin-

capado en perdición y ruina: su libertad en cárcel perpetua y en prisiones de fuego abrasador que no se apaga jamás, y que sujeta y oprime de continuo aquella admirable vivacidad y agilidad del ángel; en una palabra, el ángel perdió á Dios y cayó en el infierno, sin esperanza alguna de redención. Veía, dijo Jesucristo, veía á Satanás cayendo á los infiernos como un rayo desprendido de la esfera. ¿Y cuándo sucedió esto? ¿Por ventura lo dió el Señor algún tiempo ó espacio de penitencia? ¡Ah! que no: al instante siguiente de su caída en la culpa fueron precipitados al abismo. ¿Y cómo sucedió esto? ¿Por ventura se castigó solo á los cabezas de la rebelion, perdonando á la muchedumbre? ¡Ciertamente que no: todos, todos los rebeldes fueron sentenciados, y en todos, sin excepcion de uno, se ejecutó la pena. ¿Y cuánto durará esta? ¿Por ventura hay esperanza de que alguna vez se dé por satisfecha la justicia de Dios, ó temple ó disminuya los tormentos de aquellas sus criaturas? ¡No: jamás eternamente serán atormentados, y mientras Dios fuere Dios, se cebará en ellos aquel fuego espantoso que para su castigo encendió la ira de Dios omnipotente. ¡Oh Dios! ¿Y quién no tiembla al conocer por un castigo justo y proporcionado á la culpa la infinita malicia de ésta, y la enorme ofensa que ha hecho á tu bondad? Considera que no contento el Señor con hacernos ver en el castigo de los ángeles la enormidad del pecado, nos la hace contemplar en el que dió al primer hombre y á todo su linaje por el pecado original. ¿Para qué describirlo? Bien sabemos cual fué la culpa de Adán y cual la sentencia que pronunció el Señor contra él y su linaje: en aquel solo *morirás con muerte* que fulminó el Señor contra los hombres está ya dicho todo. El hombre que recibió de Dios un ser natural de tanta perfeccion, y otro sobrenatural de mucha mas excelencia, ve en uno y otro su completa ruina. Terrible es y asombrosa la decadencia que sucede en el ser natural de éste mismo hombre; pero mucho mayores y sin comparacion mayor la que le sobreviene en su ser sobrenatural. Aquel hombre inmortal que gozaba de toda perfeccion humana, vida, salud, libertad, dominio y señorío, todo lo pierde, é incurrir en males sin medida, y sin número que jamás dejan ni dejarán de perseguirlo hasta la consumacion de los siglos. La imagen de su Dios que lleva en su alma excelentísima, deformada ya por el pecado, no presenta sino tristes vestigios de lo que fué en su principio y de lo que no puede recob-

brar sino mediante una nueva gracia de un Redentor, que si restablece en ella la imagen de su bondad, no por eso la restablece á la integridad que tuvo en su principio. Pero sobre todo, ¿quién es capaz de comprender la ruina del ser espiritual, del ser de gracia, está desaparecido del hombre absolutamente, y lo dejó envuelto en la oscuridad, en la mácula horrenda del pecado. ¿Y cuáles son las consecuencias de este? La malicia se ha apoderado del corazón del hombre: sus pasiones se rebelan y le hacen cruda guerra: en su misma carne corrompida con el fomes del pecado, con la concupiscencia, tiene un enemigo doméstico que sin cesar lo amarga, y le propina el veneno de la culpa: la inclinacion al mal le arrastra de continuo; y su flaqueza y corrupcion lo llevan al vicio y la costumbre en que se encuentra su perdición eterna. ¡Oh Dios, y qué consecuencias de aquel primer pecado!

PETICION Y PROPOSITOS.

Cierto es que es terrible el conjunto de males temporales que nos ha acreado la culpa; y á la muerte la llama Aristóteles lo mas terrible de todo lo terrible; pero en comparacion del estrago que ha ocasionado en nuestro interior por la corrupcion y propension al mal, parece nada aquello. Este conocimiento nos induce á la resolucion de procurar á todo esfuerzo la virtud, para atender al remedio de lo que tanto importa, dando gracias á Dios de que hiciere remediable lo que verdaderamente nos interesa.

JACULATORIA.

¡Oh Señor, decid á mi alma: Yo soy tu salud.

LECCION.

La verdadera Iglesia es católica.

La palabra *católica* es una voz griega que significa *universal*, y por consiguiente aplicada á la Iglesia, denota su universalidad bajo tres respectos ó consideraciones: es universal por razon de su doctrina, por razon del tiempo de su duracion, y por razon de los lugares adonde debe extenderse. Es católica la Iglesia de Cristo, por razon de su doctrina, puesto que en sí contiene toda verdad revelada; es católica, por razon del tiempo, pues que sin interrupcion se conserva desde la época de los apóstoles; y lo es por razon del

lugar estando como está difundida por todo el universo. La universalidad por razon de la doctrina pertenece á la unidad, y la homogeneidad manifestada ya al probar que la Iglesia verdadera tiene por primer nota ó carácter distintivo, el ser una en su fé y en su doctrina: la universalidad por razon del tiempo, mira necesariamente á su origen apostólico, y se demostrará indudablemente al probar que la Iglesia es apostólica: réstanos, pues, por ahora, la universalidad por razon del lugar que es de dos maneras: una sucesiva, en virtud de la cual con el trascurso de los tiempos se predicará el evangelio en todas las partes del mundo; y la otra simultánea, que es la diffusion de la Iglesia por todo el ámbito de la tierra.

Jamas han negado los hereges que la verdadera Iglesia debe ser católica ó universal; pero varian al explicar en qué consiste su universalidad, haciéndola consistir los donatistas, segun nos refiere San Agustin, en la observancia de todos los preceptos divinos y de todos los sacramentos. Algunos de los protestantes solo admiten la universalidad sucesiva, mientras que otros confiesan que la Iglesia deberia tener la universalidad simultánea, pero no perpetuamente, sino que perceria alguna vez esta nota ó carácter distintivo. Para combatir, pues, ambos errores, probaremos primero que la verdadera iglesia de Cristo debe ser católica, ó que debe haberse difundido moralmente por todas partes.

El salmista Rey introduce al Eterno, que hablando con el Mesías, le dice: *Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesion tuya los términos de la tierra.* Y en otro salmo hablando del mismo Cristo, *dominará, dice, de mar á mar, y desde el rio hasta los términos de la redondez de la tierra. . . Y le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán. . . Y serán benditas en él todas las tribus de la tierra, todas las gentes le engrandecerán. . . Y será muy llena de su magestad toda la tierra. Así sea.* Si Cristo, pues, ha de poseer todas las naciones, ha de dominar del uno al otro mar hasta los últimos términos de la tierra, le han de servir las naciones, todas le han de engrandecer y han de ser en él benditas, llenándose todas de su magestad; no puede todo esto verificarse sin que haya de poseer, á lo ménos sucesivamente, á unas despues de otras, reinando en ellas, recibiendo sus servicios y alabanzas, y como el reino de Jesucristo es el de la Iglesia, su extension local ó su universalidad de lugar debe

ser tal, que se difunda naturalmente en todas direcciones y lugares.

En el profeta Malaquias se lee: *Porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos.* La Iglesia verdadera está en donde es grande el nombre del Señor, y donde se le ofrecen ofrendas puras: luego la Iglesia debe extenderse desde donde nace el sol hasta su ocaso. Lo mismo se infiere de la profecía de Daniel, cuando hablando figuradamente de la Iglesia en la piedra que destruyó la célebre estatua en que se representaban las mas poderosas naciones, dice: *La piedra que habia herido la estatua, se hizo un grande monte, é hinchó toda la tierra.* El mismo Salvador dijo sus apóstoles: *Yendo por todo el mundo, predicad el evangelio á todas las naciones.*

Pero veamos ya como esta universalidad es tan esencial á la Iglesia, que habiéndola tenido una vez, no puede perderla. Los testimonios que hemos citado y otros muchos que se encuentran en las Sagradas Escrituras, en que tan magníficamente se manifiesta la universalidad de la Iglesia y su diffusion por todo el mundo, no tienen excepcion alguna, ni se restringen á determinado tiempo, ni se lee en ninguna parte de las Sagradas páginas que les haya de faltar alguna vez esta universalidad; cuando por otra parte hemos manifestado ya en otro lugar, que ha de permanecer perpetuamente visible. Esta doctrina ha sido sostenida por los Santos Padres, entre los cuales San Agustin concluye de estos mismos testos, que la iglesia de los donatistas no era la verdadera de Cristo, por la razon de hallarse reducida á los certos límites de la Africa. “La Iglesia, dice, es conocida á todos; mas la porcion de Donato, es desconocida á todas las naciones.” En otra parte asegura, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, se difundió con el esplendor de una fé y una caridad.” Por eso dice San Pablo á los colosenses, hablando de la Iglesia: *En donde no hay gentil y judío, circuncision y prepucio, bárbaro y scita, siervo y libre; mas Cristo es todo en todos.* Entre las alabanzas que se dirigian al Cordero, segun nos refiere el Apocalipsis, se leen estas: *Digno eres, Señor, de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre de toda tribu y lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho para nuestro Dios, rei-*

no y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. David dice: *Alabarán al Señor los que lo buscan, vivirán sus corazones de siglo en siglo. Se acordarán y se convertirán al Señor todos los términos de la tierra: y adorarán en su presencia todas las familias de las gentes, por cuanto del Señor es el reino; y el mismo se enseñoreará de las gentes. . . . Seas ensalzado, ó Dios, sobre los cielos, y tu gloria por toda la tierra.* Profetizando Isaías las gracias que la Iglesia verdadera recibiría por Cristo, su espiritual esposo, con una séria innumerable de hijos por la union indisoluble que tendría con ella, así se expresa: *Regocíjate estéril que no pares, canta alabanza y grita la que no parías, porque muchos son los hijos de la desamparada, mas que los de aquella que no tiene marido,* dice el Señor: *Ensancha el sitio de tu tienda, y ex-tiendo las pieles de tus pabellones, no seas escasa: has largas tus cuerdas, y refuerza tus estacas, porque te extenderás á la derecha y á la izquierda, y tu prole heredará las gentes y poblará las ciudades desiertas. . . . porque reinará en tí el que te crió: el Señor de los ejércitos es el nombre de él; y tu Redentor, el santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.* Así es que siendo antes idólatras las naciones de la tierra, se han hecho después cristianas por la predicacion de los apóstoles y de sus sucesores, y que esta maravilla la habian anunciado los profetas repetidas veces.

Jesucristo con su preciosa muerte reconcilió á su Padre al mundo entero, y recibió por herencia las naciones que habia redimido con su sangre de la esclavitud del demonio: después de este grandioso acontecimiento, la congregacion de la Iglesia católica ha sido siempre la mas dilatada, y sus hijos esparcidos por todos los países del mundo, siempre han estado unidos entre sí por el vinculo estrecho de una misma fé, y por la participacion de unos mismos sacramentos: ni hay pueblo alguno que no haya sido llamado á la participacion de la promesa y de los frutos de la nueva alianza.

Hemos manifestado que la verdadera Iglesia de Cristo debe estar moralmente difundida ó propagada en muchas y distintas partes del globo; porque tanto los católicos como los hereges, es preciso que convengan en que semejante universalidad no puede tomarse tan absolutamente que comprendiese á todos y á cada uno de los lugares y naciones que pueblan el mundo; lo que se confirma con la experiencia, pues que ni hay ni ha habido sociedad alguna

cristiana que disfrutase de una universalidad tan absoluta. Tal, pues, debe ser la universalidad simultánea que compete á la verdadera Iglesia que se encuentra mas difundida que cualquiera otra sociedad cristiana; de otra manera no se podria asentar que ocupa moralmente toda la redondez de la tierra; así como no se habria dicho con verdad, que la de los romanos habia tenido el imperio del mundo, si cuando dominaban hubiese existido un imperio de mayor ó igual difusion, y los Santos Padres no habrian usado de este argumento para manifestar la verdadera Iglesia de Cristo.

Otra de las razones porque la Iglesia verdadera debe ser católica ó universal, es porque recibe á los hombres de cualquier estado y condicion que sean. Todo hombre puede hoy hacerse miembro de la Iglesia por el espíritu de Cristo: todo el que quiera puede acercarse y entrar por esta puerta, nada importa que sea noble ó plebeyo, rico ó pobre, siervo ó amo. *Cualquiera que creyere y fuere bautizado, será salvo,* dice el Señor; por eso vió San Juan en el Apocalipsis á la Iglesia triunfante compuesta de todas las naciones y tribus, de todos los pueblos é idiomas.

De lo dicho se infiere claramente, que solo es verdadero católico aquel que está en la Iglesia y cree lo que en todo lugar, lo que siempre y lo que por todos ha sido creído en expresion del célebre Lita. "Aquel, dice, es verdadero y legítimo católico, que ama la verdad de Dios, la Iglesia y el cuerpo de Cristo; que nada prefiere á la religion divina y á la fé católica, á quien no puede hacer variar en su creencia ni la autoridad, ni el amor, ni el talento, ni la elocuencia, ni la filosofia de ningún hombre, sino que despreciándolo todo, fijo, estable y permanente en la fé, declara que solo debe observarse y creerse lo que ha observado y creído universalmente la Iglesia católica; y que cualquiera cosa que en lo de adelante se quiera agregar de nuevo é inaudito contra el sentir de la misma, en vez de pertenecer á la religion, es una tentacion contra ella."

Hemos, pues, demostrado que la verdadera Iglesia de Cristo no conoce ni límites en su extension, ni término en su duracion, sino que á la vez que es eterna, es tambien católica ó universal. En consecuencia, toda sociedad cristiana cuyo origen no ascienda hasta los apóstoles, y cuya fé no se haya predicado ni conocido, sino en un ángulo del mundo, no es la Iglesia en que se realiza la

obra de Dios, que principió desde la venida de Jesucristo, y que continuará hasta el fin de los siglos, y despues en la Jerusalen celestial.

DIA NUEVE.

Santa María Cleofas.

Santa María de Cleofas, cuya santidad se colige de la misma fuente de la verdad que es el Evangelio, y cuyo culto se ve y ha visto en siglos atras establecido en la Judea, en Italia, en España y en otras regiones del mundo cristiano, fué una de las primeras santas mugeres devotísimas de Cristo que tuvieron la dicha de verlo en el mundo en su vida mortal, que oyeron con docilidad y abrazaron de corazon en la práctica su divina doctrina, y que fueron como sus discípulos, testigos oculares de sus milagros, de sus admirables hechos, y sobre todo, de su amarguísima pasión. Era judía de nacion, muger de Cleofas, y relacionada por afinidad con la Santísima Virgen María, por ser Cleofas su marido, hermano de Señor San José, esposo de María. Llámamlas por tanto hermanas, por ser esposas de dos hermanos; pero este enlace, aunque de sumo honor y gloria para nuestra santa, nada le habria á provechado si no tuviera el esencialísimo de la virtud, que la unia por la caridad con Dios humanado, y la relacionaba de un modo mas sublime con la Madre de Dios y todos sus santos.

Debe tambien hacerse reflexion acerca de lo ilustre de su sangre, pues siendo su marido hermano de Señor San José, es claro que descendia de la familia real de Judá; y no habiendo motivo para creer que tomara esposa de otra tribu y ni aun de otra familia, por la union con que los judíos procuraban conservar las suyas, sin mezclas ó enlaces que las confundieran con otras, puede muy bien creerse que María de Cleofas descendia de aquella.

La inocencia y la piedad fueron sin duda la primera leche y el alimento cotidiano con que se crió y nutrió nuestra santa, y á la que debió corresponder la virtud de su esposo, teniendo para ello un testimonio de sobrada fuerza en el fruto de bendiccion que les concedió el Señor; pues segun el órden la Proveniencia divina que

observamos, si no en todos, sí en muchos ejemplares hijos, como Santiago el menor, son recompensa y premio de la piedad de sus padres é inestimables dones alcanzados por la oracion. Era en efecto, Santiago el menor, hijo de Cleofas y de María, y bien es sabida la admirable santidad con que vivió aun desde sus primeros años, llamávanle *el justo*: jamas tomó vino á otros licores, ni comia carne: nunca se cortó el cabello ni usó de ungüentos: vestia lino, y era tal la continuacion con que oraba de rodillas, que en ellas se le formaron unos callos, cuya dureza semejava la piel del camello. Colmada su santidad de la gracia del apostolado, la predicacion del Evangelio, el régimen de su Iglesia y la corona del martirio que coronó una vida larga y arreglada, ha hecho á Santiago uno de los mas grandes y esclarecidos santos, y por ello mas ilustre y acreditada la santidad de sus padres y mas preciosa y rica su corona, puesto que los buenos hijos son la corona de sus padres.

Pero no es esta la mayor ni la única prueba de la santidad de María Cleofas. Bien se deja ver recomendada en el evangelio, en que se registra por todos los evangelistas, como una de las principales mugeres santas y devotas de Cristo, que por su piedad y fervoroso amor divino lo seguia, oyendo y practicando su doctrina como discípulo de su escuela. ¿Por ventura puede darse mayor ó mas auténtico testimonio de su perfecta virtud? ¿Seguirá á Jesucristo quien no hubiese renunciado el mundo, sus pompas y placeres envenenados? ¿Y el Salvador consentiria en su escuela y familia á quien no hubiese renunciado todas las cosas, negándose á sí misma y tomando su cruz para seguirle? De ninguna manera. Fuera de esto, los pasages en que se le cita, igne están demostrando sino el mas inflamado amor, la fortaleza mas heroica, la mas sincera piedad, la fidelidad mas acendrada y la mas noble generosidad? Ya se le ve en el calvario presenciando la pasion y muerte de Jesucristo, y asistiendo y acompañando á su dolorosísima Madre: ya sentada en frente del sepulcro de Cristo llorando su muerte, despues de haber registrado con piadosos ojos el lugar mismo en que habia sido colocado el santísimo cuerpo: ya comprando aromas y tamiando antes del dia á ungir el divino cadáver: ya adorando al Salvador y abrazando con encendido y reverente afecto sus sagrados piés, cuando por recompensar su piedad se le apareció resucitado; y ya, por último, fingiendo la legacion de Cristo y anunciando á los once discípulos la resurreccion de su maestro y su